

REVISTA DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE HISTORIA NATURAL

LA SIGNIFICACION FILOSOFICA DE LA EVOLUCION

ELI DE GORTARI
Facultad de Filosofía y
Letras, U.N.A.M.

La consideración de que los organismos vivientes se originan unos de otros como consecuencia de un proceso evolutivo continuo, es tan antigua como la filosofía misma. En los escasos fragmentos que se han conservado de los primeros filósofos griegos, encontramos ya formuladas explícitamente algunas ideas evolucionistas fundamentales, como son las de Anaximandro acerca de que las especies se conforman necesariamente a las posibilidades de supervivencia y de que el hombre surgió como resultado de la evolución de otras especies de animales; las de Jenófanes, reconociendo que los fósiles y las improntas son restos y huellas, respectivamente, de animales desaparecidos por los cambios que se han efectuado en el medio ambiente; y las de Empédocles, de que los organismos vivientes se formaron como consecuencia de agrupamientos casuales, entre los cuales la supervivencia del individuo y de la especie está reservada sólo a los aptos. En estas expresiones tenemos una brillante anticipación del concepto moderno de la evolución biológica, tanto por lo que se refiere al meollo de su significación como por el intento de dar una explicación general sobre el modo en que ocurre la propia evolución; aunque, desde luego, es casi inútil decir que no sucede lo mismo respecto al contenido científico que ahora tiene el concepto y que, en rigor, la anticipación griega no dejó de ser una mera conjetura. Por otra parte, y esto es más importante aún, los filósofos jónicos y atomistas tuvieron a la evolución biológica como parte del proceso general de cambios y transformaciones al que se encuentra sujeto el universo en todas partes y en cada momento; con lo cuál dieron también significación universal al concepto de la evolución.

Sin embargo, tal como ha ocurrido en los cien años transcurridos desde la aparición del "Origen de las especies", igualmente en la época griega se suscitó una polémica apasionada en torno a la evolución, que se manifiesta de manera más o menos clara en todos los escritos filosóficos, hasta el fin del período del dominio romano y la cultura helenista. Después, con la decadencia de la ciencia griega, también declinó la lucha entre la noción de evolución y la consideración opuesta de la inmutabilidad de las cosas. No obstante, el germen de la idea evolucionista se mantuvo vivo —como ocurre con las esporas en las condiciones más difíciles— por la influencia que ejercieron en el pensamiento medieval las concepciones griegas. Bástenos recordar aquí, como ejemplo, el delicioso relato que nos ofrece Alfonso el Sabio, en su "General Estoria", acerca del imaginario origen del leopardo por el cruzamiento del león con la especie ya desaparecida del "pardo". Con el Renacimiento, volvió a surgir con vigor el concepto de la evolución, aunque primero de una manera más bien difusa. Pero pronto, a medida que se fueron desarrollando las disciplinas científicas modernas y que la ciencia dejó de ser el estudio cualitativo de las magnitudes y relaciones entre los objetos, para convertirse en la investigación cuantitativa de las cualidades y en la generalización de las conexiones fundamentales, que se expresan en la forma de leyes científicas, también se desarrolló y fue adquiriendo cada vez mayor precisión el concepto de la evolución, sólo que en un plano mucho más elevado y profundo que entre los griegos y basado firmemente en hechos comprobados. Sobre estas bases fue que Buffon estableció su hipótesis acerca del origen catastrófico de los planetas del sistema solar y respecto a las modificaciones que sufren de tiempo en tiempo las especies animales, que formuló en su enciclopédica "Histoire naturelle", 1749-1804. En un sentido mucho más amplio y dándole plenamente su significado moderno, la noción de evolución fue expuesta claramente por Kant en su "Allgemeine naturgeschichte und theorie des himmels", 1755, obra de juventud que difiere radicalmente de la petrificación de la mecánica newtoniana que formuló después, con tanto éxito, en su "Kritik der reinen Vernunft". Esta hipótesis cosmogónica de Kant —mejor conocida por la coincidente enunciación hecha por Laplace, 40 años más tarde y en forma independiente— tiene la enorme importancia de que en ella se expresa por primera vez la concepción del universo como un proceso sujeto a transformaciones continuas y múltiples, con fundamento en la interpretación filosófica de los resultados obtenidos por la investigación científica. Y esta concepción del universo como un desarrollo histórico gobernado por leyes tiene tal amplitud y tamaños alcances, que constituye ciertamente una de las características más acusadas de la ciencia contemporánea, en todas y cada una de sus ramas.

En el campo de la biología, las ideas de Buffon fueron examinadas en forma penetrante por Erasmo Darwin, quien logró destacar así los importantes cambios que se producen en los organismos durante su desarrollo

individual, lo mismo que por causa de los cultivos artificiales o de la domesticación, debido a las modificaciones del clima, por los cruzamientos y por las mutilaciones accidentales. Estos hechos le sirvieron para apoyar su conclusión de que las modificaciones experimentadas por las especies se deben a los cambios provocados en los individuos por las influencias externas. Esta hipótesis de la herencia de los caracteres adquiridos fue formulada también, con mayor riqueza, por Jean Baptiste Lamarck, quien demostró al mismo tiempo la necesidad de estudiar a los organismos vivientes como un todo único e, incluso, acuñó la palabra *biología* para denominar este conocimiento unificado. Además, Lamarck introdujo la concepción de un elemento sumamente importante para la evolución: la consideración de que el desarrollo progresivo, aún cuando puede dar la impresión de ser un proceso gradual y relativamente homogéneo, debido a la lentitud en que generalmente se produce en las condiciones naturales y respecto a la duración de la vida humana, en realidad consiste en una sucesión constante de cambios bruscos —y, por lo tanto, heterogéneos y discontinuos— que, a su vez, son susceptibles de convertirse en caracteres adquiridos que en individuo transmite a sus descendientes. De este modo, la evolución quedó incorporada —al menos como hipótesis— dentro del mecanismo biológico aparentemente más estable, indicando que la herencia también se encuentra sometida a transformación.

En los otros dominios científicos se reflejó igualmente este desenvolvimiento del concepto de la evolución. Llevando adelante las consecuencias de la hipótesis de Kant-Laplace, la geología puso al descubierto que la Tierra sufre constantes cambios bajo la acción de las fuerzas naturales y que ésta transformación en conjunto abarca la evolución —simultáneamente continua y a saltos— de su superficie y de los organismos que viven en ella. Lyell, en particular, mostró la existencia de diversos estratos superpuestos, formados unos después de otros, en los cuales se encuentran depositados los esqueletos, caparazones e improntas de animales extinguidos, lo mismo que troncos, hojas, frutos y otros vestigios de plantas que ya no existen. Este descubrimiento fue confirmado y ampliado por los importantes trabajos de Alejandro de Humboldt sobre el origen de las rocas, la vulcanología y las asociaciones de los cuerpos orgánicos con los depósitos geológicos. La evolución de la superficie terrestre y de las condiciones de vida fue —como lo dice expresamente Carlos Darwin— uno de los principales factores que lo condujo a considerar la variación de las especies biológicas por su adaptación al medio cambiante. Por otra parte, en el campo de la filosofía y como producto de una interpretación general fundada en sus profundos conocimientos científicos, Hegel pudo establecer su concepción del mundo en movimiento incesante de transformaciones, comprendiendo en esta evolución dialéctica el cambio de la sociedad y la consideración del nuevo régimen —económico, político y cultural— que la burguesía en ascenso trataba entonces de consolidar, como la superación del viejo y caduco régimen feudal. En fin, el extraordinario desarrollo que dio a éstas aportaciones el ímpetu revolucionario de Darwin, junto con el creciente conocimiento de la conversión recíproca entre todas las formas de energía, lo mismo que el desenvolvimiento de la práctica de transformar en el laboratorio las sustancias inorgánicas en orgánicas y de otros muchos conocimientos que no vamos a referir aquí, condujeron a la integración de una nueva concepción del mundo en la cual se le considera, tanto en su conjunto como en sus partes componentes, como un proceso eterno de devenir y de acciones recíprocas. Y, paralelamente a ésta concepción de la naturaleza y en buena parte con su ayuda, se estableció también —principalmente por obra de Marx la teoría científica del desarrollo y la transformación de la sociedad humana y se descubrió el fundamento de la historia del hombre en el carácter de sus relaciones económicas, a la vez que se esclarecieron las complejas leyes y condiciones que gobiernan la evolución y el cambio revolucionario de sus instituciones económicas, sociales, políticas y culturales. Por ello inspirándonos en la decidida preferencia hegeliana por las tríadas, podemos decir que la significación filosófica que tiene actualmente el concepto de evolución se debe fundamentalmente a las contribuciones de Hegel, Darwin y Marx.

Ahora bien, aunque el pensamiento científico tiene un desarrollo peculiar y propio, no por eso deja de estar relacionado íntimamente con todos los otros aspectos del desenvolvimiento humano y, particularmente, con el curso de su historia social. En el dominio de la ciencia se reflejan imperiosamente las necesidades de la actividad social del hombre, imponiéndole la búsqueda de su solución de acuerdo con los medios que esa misma actividad crea y desarrolla. Así, los acontecimientos de la vida política y económica influyen decididamente sobre la orientación de las investigaciones científicas, además de que condicionan su posibilidad. A la vez, los resultados obtenidos por la ciencia y el contenido de sus teorías también tienen una influencia importante en los sucesos económicos, políticos y sociales. Y esta influencia recíproca se mantiene constantemente, haciendo que ambos desenvolvimientos sean paralelos en muchos respectos y, sobre todo, que exista una notable coincidencia sincrónica entre sus ascensos y sus descensos. Por esto, cuando se puso de relieve el fracaso de la Revolución Francesa en su anhelo de instituir la *edad de la razón*, empezó a ganar terreno nuevamente la concepción del desarrollo evolutivo, tanto en la sociedad como en la naturaleza. Pero en este resurgimiento de la evolución se destacó con vigor la consideración de que el desarrollo gradual, y más o menos uniforme, de los procesos es simplemente una etapa necesaria para su maduración y que, cuando ésta se logra, se produce una transformación radical que puede llegar a cambiar enteramente las condiciones en que existen los procesos y convertirlos en otros. En este sentido, las ideas de Hegel, Marx y Darwin representan conspicuamente el nuevo planteamiento de la evolución, en el cual quedaron

incorporadas intrínsecamente las transformaciones cualitativas. De esta manera se encontró el camino —tanto racional como real para poder superar el fracaso antes mencionado, a través de la actividad práctica y científica basada en la concepción dialéctica del universo. Por ello, la evolución de los organismos vivos representa un aspecto de la transformación incesante del universo, que se manifiesta también en la evolución social del hombre y en la dialéctica de su pensamiento.

Durante la primera mitad del siglo XIX se hicieron varios progresos biológicos fundamentales: se descubrió la unidad de la estructura celular en todos los organismos vivos, vegetales y animales; se establecieron algunos de los principios de la embriología; se inició la elaboración científica de la fisiología; tuvo comienzo la química orgánica, principalmente a partir de que Whöler logró sintetizar la urea; y se ampliaron enormemente los conocimientos acerca de la distribución geológica y geográfica de la flora y la fauna. Con estos avances se consiguió penetrar mucho más profundamente en los procesos biológicos y se encontró una multitud de hechos que vinieron a extender y a verificar las nociones sobre los cambios y las transformaciones orgánicas, que cada vez cobraban mayor vigor. Sin embargo, se necesitó de la inmensa acumulación de datos hecha por Darwin y de su extraordinario talento para llegar a establecer sus conclusiones evolucionistas. Y lo que es más, todavía tuvo que emplear toda la perspicacia, la habilidad y la reputación científica que había adquirido en 1859, para asegurar que la evolución orgánica fuera tomada en cuenta como una cuestión fundamental. Como es sabido, desde el mismo día de su publicación, el “Origen de las especies” se convirtió en el centro de la batalla entre el progreso y la reacción, lo mismo en el terreno científico que en el filosófico y en el político. Las ideas darwinistas radicalizaron en definitiva la ciencia —empezando por la biología— al hacer que se fuera hasta la raíz misma de los procesos para poder explicarlos. Sin duda alguna, de todas las grandes conquistas logradas en el siglo XIX por las ciencias naturales, únicamente la teoría de la evolución es comparable por su importancia y sus alcances con la revolución desatada por Copérnico. Porque la evolución es uno de los elementos fundamentales de la conversión recíproca entre las cualidades y las cantidades, y de la lucha y la interpenetración de los opuestos, cuyo estudio constituye el rasgo distintivo de la ciencia contemporánea.

Desde el punto de vista lógico, el “Origen de las especies” es un magnífico ejemplo de exposición convincente para transmitir los resultados de una investigación fructuosa y ofrecerlos a la crítica de los otros científicos. De esta manera, Darwin consiguió hacer de la evolución una concepción aceptable científicamente y, además, susceptible de ser sometida a la verificación experimental. Para llegar a formular sus conclusiones, antes tuvo que acumular una enorme cantidad de datos, luego los analizó con la mayor paciencia, habilidad y fruto, hasta lograr poner de manifiesto las numerosas conexiones —antes desconocidas y, en muchos casos, ni siquiera sospechadas— existentes entre ellos, después organizó de modo sistemático y estricto dichas interrelaciones y, finalmente, encontró y demostró las hipótesis generales que le dieron fama tan merecida. Además, en todo el texto del “Origen de las especies” se muestra reiteradamente, con claridad y rigor, la síntesis dialéctica de inducción y deducción que Darwin utilizó constantemente, incluyendo la contradicción, la interpenetración de estos procedimientos metódicos opuestos y su recíproca conversión cualitativa y cuantitativa. Este aspecto metodológico es tan importante que amerita un examen detallado, del cual nos ocuparemos pronto en otro trabajo. Por otra parte, antes de Darwin nadie había propuesto una hipótesis tan simple y comprensiva como la selección natural, para explicar cómo ocurre la evolución biológica. De manera sumamente breve, podemos hacer el siguiente esquema de la hipótesis darwinista. Los organismos vivos, que son tan diferentes entre sí, se encuentran ligados por complejas y activas dependencias mutuas, y tanto su desarrollo como su origen mismo están gobernados por leyes. Estas leyes, tomadas en su más amplio sentido, son: 1) el crecimiento individual y su reproducción; 2) la herencia, implicada en la reproducción; 3) la variabilidad de los organismos, por la acción directa e indirecta de las condiciones de vida, y por el uso y el desuso de los órganos; y, 4) el crecimiento elevadísimo de cada especie, que conduce a la lucha por la vida y consecuentemente a la selección natural, imponiendo la divergencia de caracteres, la extinción de las formas menos adecuadas y la aparición de otras formas nuevas. Por eso, basta tener en cuenta la transformación cualitativa fundamental que experimentó la biología con las concepciones de Darwin, para reconocer que la teoría de la evolución es la generalización más importante que se ha hecho en el campo de esta ciencia. Y, más aún, que la introducción de la teoría evolucionista constituye una de las generalizaciones de mayor importancia que se han efectuado en todos los dominios científicos.

Como es bien sabido, Newton se ocupó universalmente del movimiento, estableciendo la síntesis de todas sus formas—tanto celestes como terrestres—, descubriendo sus leyes generales, explicando las variaciones que sufre un mismo movimiento y las conversaciones recíprocas entre todas y cada una de las formas del movimiento. Además, no se limitó al aspecto estrictamente cinemático, sino que también indagó las causas del movimiento, de sus variaciones y de los cambios entre sus diversas formas. Todo esto lo formuló con el mayor rigor en forma de leyes y lo expresó cuantitativamente por medio de ecuaciones matemáticas, constituyendo así la base de la física moderna. De esta manera, quedaron explicados científicamente los cambios espacio-temporales de los procesos existentes y, a la vez, las causas que los producen físicamente; aunque dichas causas se mantienen referidas

siempre —dentro de la mecánica newtoniana— a sus efectos de movimiento o variación espacial con respecto al tiempo. Ahora bien, en este sentido, las investigaciones de Darwin acerca de las transformaciones evolutivas de los organismos vivos, representaron la penetración de un nivel mucho más profundo de la existencia objetiva. Las transformaciones biológicas no solo implican cambios espacio-temporales, o movimientos mecánicos, sino también cambios físicos más complejos y numerosas reacciones químicas, tanto en el interior de los organismos como en su medio ambiente. Por lo tanto, si la física newtoniana estableció la conexión mutua entre los cambios que sufren los procesos, la biología darwinista aportó elementos para el estudio del desenvolvimiento y la modificación de los procesos, incluyendo su surgimiento y su desaparición. El desarrollo de ésta orientación científica—que había tenido ya muchas manifestaciones explícitas en el propio dominio de la física—, aunado a los grandes descubrimientos y las importantes generalizaciones que se vinieron acumulando a lo largo de la época moderna, llevó finalmente al establecimiento del principio de la conservación y la transformación de la energía y la masa. Esta ley fundamental se cumple en todos los campos de la física—incluyendo los de la teoría de la relatividad y de la mecánica cuántica—y, por lo tanto, representa la relación objetiva que unifica a la física entera. Pues bien, en el dominio de la biología, el principio de la evolución tiene un papel completamente análogo. Por una parte, la herencia representa la conservación y la adaptación hace las veces de la transformación; y, por otro lado, la evolución conjuga dialécticamente a dichas tendencias opuestas, tal como en la energía se sintetizan la conservación y la transformación. Y como ocurre también con la energía en la física, la evolución constituye el principio unificador de toda la biología.

Cuando Newton formuló los principios matemáticos de la filosofía natural, estableció un compromiso entre la ciencia y la religión —semejante a los compromisos contrados en esa misma época en Inglaterra, entre la monarquía y la república y entre la burguesía y la nobleza— que se mantuvo después tácitamente en todo el desenvolvimiento científico, hasta la primera mitad del siglo XIX. Este compromiso fue roto finalmente por los trabajos de Darwin, quien barrió con los prejuicios religiosos al llevar adelante las consecuencias de sus conclusiones. La teoría de la evolución produjo así un inmenso efecto liberador en la biología, que pronto se propagó a todas las investigaciones científicas. Dondequiera que los hombres de ciencia y los auténticos filósofos científicos asimilaron y desarrollaron el contenido de la obra de Darwin, se consiguieron grandes progresos. Igualmente, la teoría de la evolución introdujo decisivamente el factor histórico en las ciencias naturales, rompiendo en definitiva con la versión ortodoxa de la tradición griega, o sea, con las verdades eternas y las especies fijas de Platón y Aristóteles. De este modo se volvió a la versión ortodoxa, más antigua y también más certera, de los filósofos jónicos y atomistas, según la cual lo que prevalece es el desarrollo, el cambio y la transformación. Al mismo tiempo, la evolución se fue acusando, cada vez con mayor vigor, como uno de los conceptos más importantes en todos los dominios científicos; y se destacó, también, como uno de los puentes principales entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. Como se puso en claro más tarde, la evolución social tiene su fundamento biológico en el hecho de que el hombre no se encuentra adaptado bien para sobrevivir en un ambiente en particular y, por consiguiente, ha sido la pobreza de su especialización la que ha obligado al hombre a adaptarse penosamente, por medio de su trabajo, a una gran variedad de ambientes. En vez de haber sufrido un descenso a partir de su surgimiento—como se pretende en todas las doctrinas religiosas—, el hombre se ha elevado y se sigue elevando siempre gracias a su propio esfuerzo. Por esto es que sólo reconociendo que el hombre es un animal —como lo demostró abrumadoramente Darwin, entre otros— es como se puede llegar a entender cuán diferente es de sus ancestros, en virtud del creciente desenvolvimiento de su cultura —entendida en su más amplio sentido— que es la resultante de su actividad social.

Sin embargo, como ya lo dijimos antes, la teoría de la evolución provocó desde un principio una violenta batalla científica, ideológica y política. Por un lado suministró una explicación objetivamente plausible —la selección natural— que destruyó la última justificación de la categoría aristotélica de la causa final. La consideración de que el hombre mismo —única finalidad de la creación— no es otra cosa que un animal que ha logrado un éxito notable en su tenaz tarea de superarse con su propio trabajo, no sólo chocó con las doctrinas religiosas, sino también con los "valores eternos" de las escuelas filosóficas tradicionales. Por otra parte, tuvo asimismo una derivación reaccionaria, que adoptó en su apoyo el reconocimiento expreso que hizo Darwin de la inspiración que le habían producido las ideas de Malthus. Así, la selección natural ha sido tomada como una especie de excusa justificativa del dominio de una clase social sobre el resto de los hombres, de la infame "superioridad" racial y del sometimiento de unos países a otros. En realidad, el llamado "principio" malthusiano de que la población humana crece en proporción geométrica, mientras los medios de subsistencia aumentan en progresión aritmética, y eso en el mejor de los casos, ha sido refutado reiteradamente por el avance científico y por el desarrollo social. Es más, basta comparar los datos estadísticos relativos a 1798—año en que Malthus enunció su "principio"— con los datos actuales, para advertir fácilmente la falsedad de la especulación malthusiana. El dominio humano cada vez mayor sobre la naturaleza hace que los recursos naturales no sólo sean renovables, sino que su producción aumenta a un ritmo superior al del crecimiento de la población, mediante la intervención técnica del hombre y el empleo de formas de energía inagotables y más y más poderosas.

El llamado "darwinismo social" es realmente anterior a Darwin mismo y, simplemente, es una de las variantes del biologismo en la sociología. Al igual que el mecanicismo, el matematicismo, el quimismo, el psicologismo o cualquier otra tendencia a reducir arbitrariamente la diversidad de las formas de existencia—o, lo que es lo mismo, de los dominios científicos en que son estudiadas— a una sola de ellas, el biologismo representa una desfiguración grave de las leyes biológicas para aplicarlas, sin más, a procesos que se encuentran gobernados por leyes diferentes. En todo caso, lo único que así se consigue es provocar una confusión desconcertante, para dar apariencia científica a ciertas conclusiones que carecen por completo de tal carácter y que, generalmente, sirven a propósitos ajenos a la propia ciencia. En particular, cuando en las investigaciones sociológicas se renuncia a su fundamento económico, que incluso metodológicamente les es indispensable, casi siempre se intenta encontrar en las ciencias naturales la base de su supuesta objetividad y de su sujeción a leyes. Pero, lo único que se logra es convertir las leyes que son válidas en las ciencias naturales, en vanas formulaciones carentes de contenido. De esta manera, desaparecen las categorías económicas y las clases sociales, para sustituirlas por la "lucha por la existencia" y por ciertos "valores" abstractos; a la vez que la opresión, la desigualdad, la explotación y la guerra son erigidas en "leyes de la naturaleza", para hacerlas pasar por inevitables e indestructibles. En fin, únicamente para indicar someramente su contexto histórico, debemos decir que fue el indudable éxito de la biología lo que dio aliento al biologismo a partir del siglo XIX, de la misma manera como los grandes triunfos de la mecánica en el siglo XXVII dieron pábulo al mecanicismo.

El carácter progresivo y optimista que mantuvo la burguesía durante la mayor parte del siglo XIX, encontró una justificación científica de simpatía en la teoría de la evolución. Algunos filósofos eminentes, como Stuart Mill, Comte y Spencer, trataron de justificar la libertad de la empresa privada en función de la lógica y la ciencia de su tiempo; y, en el terreno de la sociología, presentaron al propio siglo XIX como la época positivamente dorada en que el hombre había encontrado por fin el camino justo. Sin embargo, el progreso postulado por los positivistas no era evolutivo, en el sentido darwinista, sino simplemente amplificador; ya que la única posibilidad que le atribuían era la de su extensión cuantitativa. Por más que Spencer había sido uno de los primeros en utilizar el término *evolución*, en 1852, para expresar la idea de un proceso general de producción de formas superiores a partir de formas inferiores —que Lyell había formulado veinte años antes, aunque en un sentido menos general—, lo cierto es que más tarde le dio un significado sumamente restringido. Al fin de cuentas, el contenido positivista de la evolución quedó reducido: a la consideración del desenvolvimiento de lo homogéneo a lo heterogéneo, excluyendo explícitamente a la dialéctica en este progreso; a la contemplación tranquila de la diferenciación y la integración de las cosas, siempre dentro de un desarrollo gradual inalterable; a la justificación de una evolución social sin sobresaltos ni cambios perceptibles, bajo el inmovible poder del orden establecido; y a la predicación de la seguridad del avance uniforme de los estados indeterminados a las situaciones de mejoramiento bien determinado, con tal de excluir definitivamente hasta la idea más remota de una revolución. En este biologismo sociológico, psicológico y ético fue en lo que vino a terminar la inclusión del concepto de evolución dentro de las doctrinas filosóficas del empirismo y el positivismo. Y, en cuanto a los resultados que tuvo la aplicación del positivismo como ideología dominante, tenemos las graves consecuencias que produjo en México y en otros países latinoamericanos, de las cuales todavía no acabamos de libramos.

Ahora bien, independientemente de todas las tergiversaciones voluntarias o involuntarias que se han hecho en torno a la evolución, lo cierto es que la ciencia contemporánea se encuentra compenetrada hasta su médula de las concepciones evolucionistas. Y, en la medida en que avanza el conocimiento científico, se enriquece constantemente la significación filosófica de la evolución. Lo mismo en las partículas elementales y en los átomos, que en los objetos celestes y en el universo entero, cada día que pasa se descubren nuevos aspectos de su desarrollo evolutivo. Incluso en los modelos de universo más estacionarios que han podido imaginar los cosmólogos contemporáneos, se tiene a la evolución como uno de sus elementos integrantes. Evoluciona la naturaleza, evoluciona la sociedad, evoluciona el pensamiento, evoluciona el arte, evoluciona la política, evoluciona la ciencia, evoluciona la filosofía. Por todas partes, en todos los niveles y en cualquier situación, se muestra la evolución dialéctica de la existencia. Ni siquiera la actitud que personalmente se adopte ante la evolución puede sustraerse a la evolución objetiva, porque dicha actitud es siempre un reflejo—positivo o negativo, directo o invertido—de la realidad en el pensamiento. El fundamento de todas las posiciones hostiles a la razón, u opuestas a la evolución, radica objetivamente en la realidad histórica y social de quienes las sustentan; y, subjetivamente, en el hecho de que la persona se apega a lo que agoniza, a lo que declina, en vez de pronunciarse por lo nuevo, por lo que surge, por lo que se encuentra en desarrollo. Porque, en definitiva, lo que se dirime actualmente en el mundo es la lucha por asegurar la libre evolución del hombre.